

## 24-26 de diciembre

### I

Kimmo Joentaa había previsto pasar solo la noche de Nochebuena, pero las cosas salieron de otra manera.

Se había apuntado con antelación para estar de servicio el 24 de diciembre y pasó todo el día en un edificio de la policía tan tranquilo que casi parecía desierto.

Sundström pasaba las vacaciones esquiando, Grönholm había por fin realizado su viejo sueño de un viaje al Caribe y Thomas Heinonen se había marchado a primera hora de la tarde para adornar el árbol de Navidad y disfrazarse para su familia de Papá Noel. Quedó en estar localizable en caso de emergencia, pero no hubo ninguna.

Joentaa se dedicó a resolver asuntos burocráticos que bien habrían podido esperar. En la radio sonaba música navideña. Violines, piano y las voces de un coro infantil. Al final, un filósofo y teólogo explicó, en un tono muy imparcial, que Jesucristo había nacido en verano. Joentaa se distrajo un momento del trabajo e intentó concentrarse en la voz de la radio, pero en seguida empezó otra vez la música, una es-

pecie de rap navideño. Frunció el ceño y volvió a la hoja de papel que tenía delante.

A última hora de la tarde, se dirigió perezosamente por el amplio vestíbulo de entrada hacia la cafetería, que estaba a oscuras. La única luz venía del árbol de Navidad, con adornos rojos y dorados junto a la máquina de las bebidas.

Al otro lado de los ventanales estaba nevando. Joentaa se sentó a una de las mesas. Había un plato con galletas en forma de estrella. Joentaa cogió una y sintió en la lengua el sabor del jarabe de arce, percibió el olor de las agujas del abeto y vio a la entrada, junto a la recepción, a una mujer que le pareció algo extraña. Estaba allí, de pie, completamente inmóvil. Joentaa esperó un momento, pero la mujer no se movió, ni dio signos de extrañeza al encontrar la recepción vacía. Tampoco parecía molestarle que de vez en cuando pasara a su lado algún policía de uniforme con tantas prisas que ni siquiera se molestaba en preguntarle por el motivo de su presencia.

La mujer contemplaba la nevada a través de los cristales. Era pequeña y delgada y debía de andar por los veintitantos. Tenía el pelo largo, de un color rubio pajizo, y estaba masticando chicle. Siguió sin moverse mientras Joentaa se le acercaba, e incluso cuando lo tuvo delante intentando captar su mirada.

—Perdone... —dijo Joentaa.

La mujer apartó la vista de la ventana. Tenía las mejillas enrojecidas e hinchadas.

—¿Puedo...? ¿Se encuentra bien? —le preguntó.

—Violación —dijo la mujer.

—Es...

—He sido víctima de una violación y quiero denunciarlo, imbécil.

—Perdone. ¿Puedo... podemos ir primero a mi despacho?

—Ari Pekka Sorajärvi —dijo la mujer.

—Bueno, sería mejor...

—Así se llama el hombre al que quiero denunciar.

—Venga conmigo —dijo Joentaa echando a andar.

La mujer no se movió de su sitio. Con una voz más suave, dijo:

—Me gustaría marcharme a casa en seguida. ¿No puede tomar nota aquí mismo?

—No... Lo siento, pero no es posible... En realidad serían mis colegas los encargados de hacerlo... Bueno, podría tomarle declaración yo mismo y luego pasársela a ellos..., pero, en cualquier caso, lo tengo que introducir en el ordenador.

Pareció dudar un momento, pero al fin lo siguió hacia el ascensor.

El tercer piso estaba escasamente iluminado por una luz de neón. Desde uno de los despachos llegó una risa sardónica.

—Qué siniestro... —dijo ella.

—Se han fundido algunos tubos, normalmente hay más luz —explicó Joentaa.

—Ah, ¿sí? —dijo la mujer, y pareció sonreír, aunque Joentaa no estaba del todo seguro.

—¿Ha ido usted... al hospital? —le preguntó.

—¿Al hospital?

—Sí... —dijo Joentaa.

—No ha sido tan grave —dijo ella.

—Quizás podría... llevarla yo luego —dijo Joentaa, es... probablemente es posible todavía... obtener huellas que podrían ser importantes para el proceso posterior...

—Lo único que tiene usted que hacer es meter esta mierda en el ordenador y luego yo me voy a casa.

—Perdone.

—No tiene usted que disculparse todo el tiempo por todo.

Joentaa asintió y la guió hacia su despacho. La pantalla del ordenador lanzaba una luz trémula. La iglesia roja de Länganiemi tras la cual estaba enterrada Sanna.

De la otra parte de la ventana el mundo era oscuro y blanco. La mujer le observaba, expectante.

—Perdone. Siéntese, por favor —dijo Joentaa.

—¿Puede usted dejar de pedir perdón por todo?

Joentaa intentó concentrarse en el teclado y la pantalla. Tuvo que buscar un rato antes de encontrar el programa con el correspondiente formulario. Nombre y apellido, dirección, fecha de nacimiento.

—¿Cuál es su nombre? —arrancó.

—¿Cómo dice?

—Su nombre... Lo necesito para...

—¿Qué importa mi nombre? He sido violada por Ari Pekka Sorajärvi y quiero denunciarlo, eso es todo.

—Pero...

La mujer empezó de repente a gritar de una manera estridente y prolongada. Joentaa se la quedó

mirando. Estaba allí sentada, inmóvil y, en apariencia, tranquila. Aparte de la boca entreabierta, ningún gesto delataba que fuera ella la que gritaba. Un grito sordo y estridente.

El grito retumbó y un compañero llegó corriendo al despacho.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí, no hay ningún problema —contestó Joentaa.

—En ese caso... —dijo.

Se paró un momento en la puerta, le deseó buen trabajo y la cerró.

Joentaa observaba a la mujer que tenía delante. Estaba sonriendo. A Joentaa le retumbaba aún el grito en los oídos.

—Henrikinkatu 28 —dijo la mujer en tono imparcial.

—Ésta es la...

—Ésa es la dirección de Ari Pekka Sorajärvi.

—Ése...

—Ari Pekka Sorajärvi

—Sí, ¿es... o era... su novio?

—¿Mi qué?

—¿Tiene usted... una relación o está casada con Ari Pekka Sorajärvi?

La mujer se le quedó mirando fijamente.

—No, no lo estoy —dijo por fin.

—¿De qué...?

—Ari Pekka Sorajärvi es un cliente —dijo.

Joentaa enmudeció.

—Cliente. Sexo por dinero. ¿Ha oído hablar de ello?

—De manera que él...

—Es mi mejor cliente, si le interesa saberlo. Siempre pretende un poco más que los demás, pero paga bien.

—Entiendo.

—Me alegro de que lo entienda —dijo ella.

—Pero... ¿Cómo es que sabe usted su nombre? ¿No es lo normal... en esos círculos... mantener el anonimato?

La mujer rió. Se rió de él. Se rió tan fuerte que seguro que volvía a aparecer por la puerta el preocupado compañero de antes.

—Está usted muy inhibido —dijo ella cambiando el tono de voz y la elección de las palabras—, tiene usted que aprender a aceptar su sexualidad y vivirla. Lo mejor es que empiece con una película. Una película pornográfica. Eso ayuda, créame. Pero a lo mejor las cosas son de otra manera y lo que tiene usted que intentar es reducir drásticamente su consumo de películas pornográficas.

Se quedó callada un momento, mirándole fijamente con los ojos entornados, como si estuviera reflexionando.

—O lo uno o lo otro —dijo al fin.

Pasaron algunos segundos.

—Puede que haya algo de cierto en ello —dijo Kimmo Joentaa.

La mujer sonrió de repente y, por primera vez, amistosamente. Joentaa le devolvió la sonrisa.

¿Se sonrieron o simplemente se cruzaron sus sonrisas?

Joentaa no lo sabía.

—Y por si acaso le sorprende que conozca el

nombre y la dirección de Ari Pekka Sorajärvi —dijo tirando un objeto sobre la blanquísima mesa que se interponía entre ambos—, es porque me he agenciado su carnet de conducir cuando ha ido a curarse la naiz rota.

2

No es más que una imagen. Una imagen imposible de cubrir. Cubrir la imagen con una tela blanca. Una tela de una densa y opaca blancura.

Sabe que no lo va a conseguir. Creer en el blanco que todo lo tapa antes era importante, pero ha perdido esa capacidad.

Cubre sus pensamientos con una tela blanca y observa cómo en un silencioso proceso de disolución se va desintegrando en sus elementos constitutivos para dar paso a la visión de otra tela, una tela azul.

Alguien la levanta. Bajo la tela azul yace un hombre. El hombre tiene una pierna. La pierna es un muñón. Le falta la mitad. La otra pierna le falta del todo.

El hombre yace en la camilla retorcido, en una posición poco natural, tiene la piel oscurecida. Junto al hombre, la tela azul. Por encima de él, un rostro que ríe. Y otro. Y otro más.

Un brazo agarra la cabeza del hombre y la endereza. Ahora puede verle la cara. La expresión de sus ojos cerrados.

En un espacio fuera de su alcance visual hay gente que ríe. Están a su alrededor, junto a ella, por en-